

Clásicos aldía De Quincey narra los últimos días del filósofo prusiano sin ahorrar detalles

El deterioro de Kant



Thomas De Quincey
Els últims dies d'Immanuel Kant
Traducción de Josep M. Muñoz Lloret

L'AVENÇ
80 PÁGINAS
11 EUROS

ADA CASTELLS

Ya desde la primera página de este pequeño... ¿ensayo? ¿cuento? ¿biografía?, lo que sea, Thomas De Quincey dispone una declaración de principios: un gran hombre tiene que ser siempre objeto de una curiosidad generosa. Suponer el lector totalmente indiferente a Kant es suponer su total inintelectualidad, escribe. Y nosotros sólo podemos exclamar que es una suerte que este clásico del XIX inglés no haya vivido en nuestro tiempo. Hubiera descubierto que hay intelectuales que no han mostrado curiosidad ni por Kant ni por él mismo. En el siglo XXI, la avalancha de clásicos es inalcanzable y, con un poco de suerte, hemos aprendido humildad. Nos han ayudado lecciones como las que, precisamente, nos brinda De Quincey en este libro y que podríamos resumir en una sola máxima: la inteligencia humana no es infalible.

A través de las supuestas palabras del biógrafo más cercano a Kant, el secretario Wasianski, y con una caradura considerable, De Quincey nos va mostrando la decrepitud del gran filósofo. Encontramos las primeras muestras de un mal genio descontrolado por culpa de la vejez, las debilidades de la memoria, la incapacidad de generar grandes ideas, la inadaptación a la vida

cotidiana, los miedos más absurdos, la infantilización... y es que resulta que el de los *imperativos categóricos* también era de carne y hueso, también era patético, también era mortal.

Lo demostró la madrugada del 12 de febrero de 1804, y 23 años después salió publicado este texto de De Quincey en *Blackwood's Magazine*. La verdad es que, a pesar de la admiración del inglés por el trabajo de Kant, este retrato detallado de sus últimos días no contribuye en nada al mito del hombre de las grandes preguntas. Más bien nos encontramos con un vejestorio que todavía invita jo-

vencitos a la hora de la cena para recrear una especie de banquetes platónicos en los que él mismo no puede ocultar su gula. O vemos las dudas del avaro a la hora de hacer una carta de recomendación para su criado. Y es que la gran lección de De Quincey, como buen exponente del XIX, es que la naturaleza –aquí en su vertiente más cruel de deterioro neuronal– siempre acaba ganando la partida, incluso por encima de la razón. Aún más: incluso por encima del maestro de la razón crítica. Sólo se trata de coger un gran genio –le tocó a Kant– y mostrar toda su decadente intimidad. Eso sí, antes se tiene que escribir un prólogo para decir que si no lo has leído no eres digno de llamarte intelectual. Ya se ve que De Quincey se la sabía muy larga y, sobre todo, tuvo la gran suerte que Kant no resucitara dos décadas tras su muerte. |

